

que nada tienen de grande, ni tampoco de bajo, como la aflicción, el temor, la tristeza; y por el contrario, hay muchas cosas grandes y sublimes donde no entra pasión alguna: tal es, entre otras, lo que Homero dice con tanta osadía, hablando de los Aloides, que por destronar á los dioses

Maquinaban poner el monte Osa
Encima de la cumbre del Olimpo,
y despues sobre el Osa el monte Pelion.

Lo que sigue es todavía mas fuerte:

Y en verdad que lo hubieran conseguido.

Y en la prosa, los panegíricos y todos aquellos discursos que solo se hacen por ostentación, abundan de *grande* y *sublime*, sin que haya por lo comun entre ellos pasión alguna. De suerte, que aun entre los oradores son comunmente ménos aptos para el panegirico los que son mas patéticos; y por el contrario, los mas aptos para el panegirico no saben mover bien las pasiones.

Cecilio pensó que *lo patético* en general no contribuye para *lo grande*, y que por consiguiente era inútil hablar de él: no se engañó ménos en esto. Porque me atrevo á decir, que quizá no hay cosa que mas realce un discurso, que un bello movimiento, una pasión excitada á propósito. En efecto, es como una especie de entusiasmo y de furor noble, que anima la oración, y le da un fuego y vigor divino.

CAPITULO VII.

De la sublimidad en los pensamientos.

Aunque de las cinco partes de que he hablado, la primera y mas considerable (quiero decir, *la elevación natural del espíritu*) sea mas bien un don del

cielo que una cualidad que se puede adquirir; debemos sin embargo nutrir de lo grande nuestro espíritu, en cuanto nos sea posible, y tenerle siempre lleno é inflado, por decirlo así, de cierta altivez noble y generosa.

Si se pregunta ¿qué debe hacerse para conseguir esto? ya he dicho en otra parte, que esta elevación de espíritu es una imagen de la grandeza de alma; y esta es la razón porque nosotros admiramos á veces el solo pensamiento de un hombre, aun cuando no hable, á causa de aquella grandeza de valor que en él vemos; como, por ejemplo, el silencio de Ajax en los infiernos, que se pinta en la Odisea; pues este silencio tiene no sé qué de mas grande que todo cuanto hubiera podido decir.

Así que, la primer cualidad que se debe suponer en un verdadero orador, es que no tenga espíritu mezquino y ratero. Porque en efecto, es imposible que un hombre de sentimientos é inclinaciones serviles pueda producir jamas cosa maravillosa y digna de la posteridad. Verosímilmente solo aquellos que tienen altos y sólidos pensamientos pueden componer discursos elevados, y solo á los grandes hombres se les escapan particularmente dichos extraordinarios. Véase, por ejemplo, lo que respondió Alejandro cuando Dario le ofreció la mitad del Asia y su hija por esposa: *Per lo que á mí hace* (le decía Parmenion) *si yo fuese Alejandro, aceptaria estas ofertas. Y yo tambien* (repuso este príncipe) *las aceptaria si fuese Parmenion.* ¿No es verdad que para dar esta respuesta era necesario ser un Alejandro?

En esta parte es en la que principalmente ha sobresalido Homero, cuyos pensamientos son todos sublimes, como puede verse en la descripción de la diosa Discordia, que dice tiene

La cabeza escondida allá en los cielos,
Y sus plantas asienta acá en la tierra.

Porque puede decirse que este grandor que le da, es ménos la medida de la discordia, que de la capacidad y elevacion del espíritu de Homero. Hesiodo ha puesto un verso bien diferente de este en su *Escudo* (si es cierto que este poema es suyo) cuando dice, hablando de la diosa de las tinieblas, que *corría un hediondo humor de sus narices*.

En efecto, no pinta á esta diosa terrible, sino odiosa y asquerosa. Véase, por el contrario, qué magestad da Homero á los dioses:

Cuanto espacio divisa un hombre, puesto
En la orilla del mar sobre alta roca,
Tanto avanzan de un salto los caballos
Que tiran de los dioses la carroza.

Todo el horizonte es la medida de este salto. ¿Quién al ver la magnificencia de este hipérbole no exclamará con razon, que si los alazanes de los dioses quisiesen dar segundo salto, no les bastaría todo el espacio del mundo? Las siguientes pinturas que hace del combate de los dioses, tienen tambien mucha grandeza, cuando dice:

El cielo resonó, tembló el olimpo.

Y en otra parte:

De Neptuno al rumor tembló el infierno:
Pluton deja su trono,
Se asusta, clama, grita,
Temiendo que aquel dios, si en su gobierno
Un golpe de tridente precipita,
Haga que entre la luz en el averno;
Por sí, abriendo la tierra, facilita
Ver de la Estigia el margen afligido,
Que es de vivientes reino aborrecido,

Horror de los mortales,
Y terror de los dioses celestiales.

Mira, Terenciano, la tierra abierta hasta su centro, en términos de dejarse ver el infierno, y toda la máquina del mundo expuesta á ser trastornada y destruida; para manifestar que en este combate entraban el cielo, la tierra, las cosas mortales é inmortales, y en fin, que todo combatía con los dioses, y que no habia cosa en la naturaleza que no corriese riesgo. Empero es necesario tomar todas estas ideas en sentido alegórico; pues de otra suerte tienen no sé qué de horrible, de impío y poco conforme á la magestad de los dioses. Por lo que á mí toca, cuando veo en Homero las llagas, los suplicios, los llantos, las prisiones de los dioses y todos los demas accidentes en que incurren sin cesar, me parece que se esforzó cuanto le fué posible para deificar á aquellos hombres que asistieron al asedio de Troya; y por el contrario, que de los mismos dioses hizo hombres, y aun los hace de peor condicion, pues por lo que hace á nosotros, cuando somos desgraciados, por lo ménos tenemos el recurso de la muerte, que es como un puerto seguro á donde acogernos y librarnos de nuestras miserias; en vez de que representando á los dioses de esta suerte, no los hace propiamente inmortales, sino eternamente infelices.

Mas feliz, pues, ha sido cuando nos ha pintado un Dios tal como es, con toda su magestad y grandeza, y sin la mezcla de cosas terrenas: como en este pasage que muchos han notado ántes que yo, donde dice, hablando de Neptuno:

Pasando así Neptuno
Por las vastas campiñas,

Debajo de sus piés temblar hacia,
Los bosques, las florestas y montañas.

Y en otra parte :

Sobre las aguas pasa su carroza,
Y al punto el escuadron de las ballenas
Desampara mullidas las arenas,
Y ante su dios se alegra y alboroz.
Preséntanse las olas mas serenas
De respeto no hinchadas, sino llenas,
Obsequio de que un dios tan solo goza.
Los caballos ligeros entretanto
Volár hacen las ruedas con espanto, &c.

Así el Legislador de los judíos, hombre nada vulgar, como concibiese bien la grandeza y poder de Dios, la expresó con toda su dignidad y energía, en el principio de su código, por estas memorables palabras: *Dijo Dios: Hágase la luz, y la luz fué hecha; hágase la tierra, y la tierra fué hecha.*

Juzgo, Terenciano, que no te desagradará que refiera todavía en este lugar un pasage de nuestro Homero, en que habla de los hombres, para que veas cuan heróico es nuestro poeta cuando pinta el carácter de un héroe. Una espesa obscuridad habia ocupado el campamento del ejército de los griegos y les impedía combatir. En esta situacion, no sabiendo Ajax qué resolucion tomar, exclama:

Destierra, ¡ó gran Dios! de nuestro campo
Las espesas tinieblas que nos cercan;
Y despues con la luz, si te agradare,
Entra contra nosotros en pelea.

He aqui los verdaderos sentimientos de un guerrero como Ajax. No pide la vida, pues un héroe

no es capaz de tal bajeza; mas como no ve ocasion de señalar su valor en medio de la obscuridad, se enoja por no poder combatir, pide con ansia que salga la luz, por tener siquiera un fin digno de su gran corazón, aun cuando haya de pelear con el mismo Júpiter. En efecto, Homero es en este pasage como un viento favorable, que auxilia al ardimiento de los combatientes, pues se agita con no menor violencia que si estuviere poseido del mismo furor que ellos.

Como Marte furioso en las batallas,
Como el fuego voraz, que en noche obscura
Abrasa de las selvas la espesura;
Tal de cólera ciego é inflamado, &c.

Mas ruégote que notes, por muchas razones, cuan débil es Homero en la Odisea, donde hace ver en efecto que es propio de un gran ingenio cuando empieza á envejecer y declinar, el aficionarse á fábulas y cuentos; porque pudiera yo darte muchas pruebas de que compuso esta obra despues de la Iliada. Y en primer lugar, no tiene duda el que hay muchas cosas en la Odisea que solo son una consecuencia de las aventuras y desgracias que se leen en la Iliada, y las ha trasportado á aquella, como otros tantos episodios de la guerra de Troya. Añádase á esto que los fracasos que suceden en la Iliada son lamentados frecuentemente por los héroes de la Odisea, como infortunios conocidos y acaecidos mucho tiempo ántes. Y esta es la razon porque la Odisea no es, si ha de hablarse con propiedad, mas que como un epílogo de la Iliada:

Allí yace Ajax y el invicto Achilles;
Allí Patroclo, y Sarpedon, mi hijo, &c.

De aquí proviene, á mi parecer, que como Homero compuso la Iliada mientras su ingenio estaba en el mayor vigor, todo el cuerpo de este poema es dramático y lleno de accion; en vez de que la mejor parte de la Odisea se pasa en narraciones, á las cuales es muy propenso el genio de la vejez; de tal modo que se le puede comparar en esta última obra al sol cuando se pone, el cual siempre tiene su misma grandeza, pero no tanto ardor ni tanta actividad. De hecho, no habla, ya en el mismo tono; ya no se ve aquel sublime de la Iliada, que por todas partes camina con igual paso, sin detenerse ni descansar jamas. No se ve aquella turba de movimientos y pasiones que se impelen mutuamente; no hay aquella misma volubilidad de elocucion, tan propia para la accion y mezcla de tantas imágenes sencillas de cosas. Podemos decir que la Odisea es el reflujó del ingenio de Homero, el cual, como un grande océano, se retira y desampara sus riberas. Con cualquier motivo se distrae á invenciones y fábulas increíbles. Sin embargo no pasaré en silencio las descripciones de tempestades que hace, las aventuras de Ulises con Polifemo, y algunos otros pasages que son ciertamente muy bellos. Y así esta vejez que noto en la Odisea, es la vejez de un Homero; y repito que esta obra tiene por eso mas de fábula y narracion que de accion.

Me he extendido sobre este asunto por hacerte ver, como llevo dicho, que los ingenios mas elevados por naturaleza, caen á veces en la trivialidad y vulgaridad, cuando llega á extinguirse su vigor. De esta se resiente aquello que dice de el odre ó sacco donde Eolo encierra los vientos, y de los compañeros de Ulises convertidos en puercos por Circe, á quienes Zoilo llama *cochinillos llorones*. Lo mismo debe decirse de las palomas que ceban á

Júpiter como á un pichon; de la escasez de víveres que padeció Ulises, quien dice estuvo diez dias sin comer despues de su naufragio, y de todos aquellos absurdos que cuenta de la muerte de los amantes de Penélope, pues lo mas que se puede decir en favor de estas ficciones, es que son muy bellos sueños, y si se quiere, sueños del mismo Júpiter. Lo que tambien me ha movido á hablarte de la Odisea, ha sido el haberte ver que los grandes poetas y los célebres escritores se complacen por lo comun en pintar las costumbres cuando les faltá vigor para lo patético. Y esto es lo que hace Homero cuando describe la vida que hacian los amantes de Penélope en el palacio de Ulises. En efecto; toda esta descripcion es propriamente una especie de comedia, donde estan pintados los diversos caracteres de los hombres.

CAPITULO VIII.

De la sublimidad que se saca de las circunstancias.

Véamos si hay algun otro medio de hacer un discurso sublime. Digo, pues, que como nada sucede naturalmente en el mundo que no vaya siempre acompañado de ciertas circunstancias, estas serán un medio indefectible para llegar á lo grande, si sabemos hacer oportuna eleccion de las mas considerables, y si uniéndolas bien, formamos de ellas un cuerpo; porque esta eleccion, por una parte, y por otra el conjunto de circunstancias escogidas, hacen una fuerte impresion en los ánimos.

Así, queriendo Sapho expresar los furores del amor, reúne de todas partes los accidentes que en efecto siguen y acompañan á esta pasion. Mas donde muestra principalmente su destreza, es en ele-

gir entre todos estos accidentes los que mejor marcan el exceso y la violencia del amor, y en unir bien entre sí todas estas cosas:

Feliz y venturoso,
 Cual un Dios, me parece
 Quien un instante solo
 Cerca de sí te tiene,
 Que tu dulce hablar oye,
 Que los encantos siente
 De tu amorosa risa,
 La que mi pecho enciende.
 Mi corazon palpita,
 Y agitado se mueve,
 Y mi turbada lengua
 Se traba y enmudece.
 Al punto que mis ojos
 Ven tu beldad presente,
 Inmóvil y pasmada
 Quedo luego, y descende
 Sutil fuego á mis venas,
 Mis ojos se obscurecen,
 Solo confuso estruendo
 A mis oidos viene,
 Y pálida y temblante,
 Y con aliento tenue,
 Perdida, ¡ay de mí muero,
 Mi amor así lo quiere.
 Pero si estoy perdida, &c.

TRAD. DE CONDE.

¿No te admira ver cómo reúne todas estas cosas, el alma, el cuerpo, el oído, la lengua, la vista, el color, como si fuesen otras tantas personas diferentes? Mira de cuán contrarios movimientos está agitada: se hiela, se abrasa, es loca, es cuerda; ó está enteramente fuera de sí ó va á morir. En una palabra, cualquiera dirá, no que está poseída de

una simple pasión, sino que su alma es el centro de todas las pasiones. Y esto es efectivamente lo que sucede á los amantes. Ya ves, pues, que como he dicho, lo que forma la principal belleza de su discurso, son todas estas grandes circunstancias, señaladas á propósito y acumuladas con elección. Así, queriendo Homero hacer la descripción de una tempestad, cuida de expresar todo cuanto puede suceder en ella mas espantoso y terrible. Mas cuando, por ejemplo, piensa el autor del poema de los Arimaspianos decir cosas muy asombrosas, cuando exclama:

¡Oh pasmoso prodigio! ¡oh gran locura!
 Insensatos los hombres, sin cordura,
 En bajeles al mar se precipitan,
 La tierra dejan, y en el agua habitan,
 Y siguiendo en las ondas rumbo incierto,
 Desdichas buscan en lo mas desierto.
 Nunca prueban descanso ni reposo:
 Los ojos en el cielo, y congojoso
 En las olas está su pensamiento.
 Los brazos extendidos,
 De pesar penetradas sus entrañas,
 Hacen votos en vano
 A los dioses, con súplicas extrañas:

Sin embargo, pienso que cualquiera echará de ver que esta exclamación tiene mas de filosófica y brillante, que de grande y sublime. Véamos, pues, como lo hace Homero, y consideremos este pasaje entre otros muchos de su especie:

Cuando uracan furioso el mar altera,
 Montes de agua en las olas se levantan,
 Y al pié de ellas la nave zozobrando
 Se ve de las espumas anegada:
 Corajudos los vientos la atropellan,
 Sin que librarse pueda de su saña,

Y aturdidos entonces los pilotos,
Green verse de la muerte entre las garras.

Arato quiso mejorar este verso diciendo:

Una liviana tabla
Entre ellos y la muerte mediaba:

mas recargando este pensamiento, le mudó de terrible en bajo y florido. Y ademas, reduciendo la descripcion del peligro á estas palabras,

Una liviana tabla
Entre ellos y la muerte mediaba,

le aleja y disminuye mas bien que le aumenta. Homero no presenta á la vista una vez sola el riesgo en que se hallan los pilotos: los presenta como en un cuadro, en el trance de ir á ser sumergidos por todas cuantas olas se levantan, é imprime hasta en sus palabras y sílabas la imágen del riesgo. No se valió Archiloco de otro artificio en la descripcion de su naufragio, como tambien Demóstenes en aquel pasage en que describe la turbacion de los atenieses, al saber la noticia de la toma de Elatea, cuando dice: *era ya muy tarde &c.*; pues ambos no han hecho mas que sacar, por decirlo así, y reunir cuidadosamente las grandes circunstancias, procurando no ingerir en sus discursos particularidades fútiles y superfluas, ó que tuviesen resábios de escuela. En efecto, todo se estropea cuando se quiere describir hasta las cosas mas menudas; pues estas impertinencias y nimiedades hacen el mismo efecto en el discurso, que en la fachada de un edificio haria el ripio amontonado para levantar un edificio regular.

CAPITULO IX.

De la amplificacion.

Entre los medios de que hemos hablado, y que contribuyen al sublime, se debe tambien colocar lo que se llama *amplificacion*. Porque cuando la naturaleza de los asuntos que se tratan, ó de las causas en cuyo favor se arenga, piden periodos mas extensos y compuestos de mas miembros, puede el orador elevarse por grados de tal modo, que una palabra adelante siempre sobre la otra. Y este ardid puede servir mucho, ó para tratar cualquier lugar de un discurso, ó para ilustrar un hecho, ó para manejar una pasion. En efecto, puede dividirse la amplificacion en un número infinito de especies; mas el orador debe saber que ninguna de estas especies es perfecta de suyo, si no hay en ella lo grande y lo sublime; á no ser que se intente mover la compasion ó disminuir el valor de alguna cosa. Por lo demas, si se quita á la amplificacion lo que tiene de grande, se le arranca, por decirlo así, el alma del cuerpo. En una palabra, luego que le falta este apoyo, se debilita, y no tienen ya fuerza ni movimiento. Ahora, para mayor claridad, digamos en pocas palabras qué diferencia hay de esta parte á la de que hemos hablado en el artículo antecedente, y que como he dicho, no es otra cosa que un conjunto de circunstancias escogidas y reunidas, y véamos en qué se diferencia la amplificacion en general de lo grande y lo sublime.

CAPITULO X.

¿Qué es amplificación?

Yo no aprobaria la definicion que dan de ella los maestros del arte. *La amplificación*, dicen, es un discurso que aumenta y agranda las cosas, porque esta definicion puede convenir igualmente á lo sublime, lo patético, y á las figuras, pues todas estas cosas dan al discurso no sé qué carácter de grandeza. Sin embargo, se diferencian bastante. En primer lugar el sublime consiste en la alteza y elevacion; en vez de que la amplificación consiste en la multitud de palabras. Así es que el sublime se halla en un simple pensamiento; mas la amplificación no existe sino en la pompa y la abundancia: *La amplificación*, pues, para dar de ella una idea general, es un acrecentamiento de palabras que se puede deducir de todas las circunstancias particulares de las cosas, y de todos lugares de la oracion, que llena el discurso y le fortifica apoyándose sobre lo ya dicho. Así que se diferencia de la prueba en que esta sirve para probar la cuestion, en vez de que aquella solo sirve de extenderla y exagerarla...

La misma diferencia hay á mi parecer entre Demóstenes y Ciceron, por lo que toca á lo grande y lo sublime, segun que nosotros los griegos podemos juzgar de las obras de un autor latino. En efecto, Demóstenes es grande en lo que tiene de lacónico y conciso; y Ciceron, por el contrario, en lo que tiene de difuso y extenso. Se puede comparar el primero (á causa de la violencia, la rapidez, la fuerza y la vehemencia con que lo arrasa, por decirlo así, y arrebatada todo) á una tempestad ó á un rayo. En quanto á Ciceron, se puede decir, á mi

parecer, que como un gran incendio devora y consume todo quanto encuentra y por donde se derrama en sus obras, y que á medida que se adelanta toma siempre nuevas fuerzas. Mas tú, ó Terenciano, puedes juzgar mejor de esto, que no yo. Por lo demas, el sublime de Demóstenes sin duda vale harto mas en las exageraciones fuertes y en las violentas pasiones, cuando es necesario, por decirlo así, asombrar al oyente. Por el contrario, es mejor la abundancia cuando se quiere, si me es permitido usar de esta expresion, derramar en los ánimos un rocío agradable. Y á la verdad un razonamiento difuso es mucho mas á propósito para los lugares comunes, las peroraciones, las digresiones, y generalmente para todos los discursos que se hacen en el género demostrativo; como tambien para las historias, los tratados de fisica y otros asuntos semejantes á estos.

CAPITULO XI.

De la imitacion.

Volviendo á nuestro discurso; Platon, cuyo estilo es bastante elevado, bien que corre sin ser rápido ni ruidoso, nos ha dado una idea de este estilo que no puedes ménos de copocer si has leído los libros de su República. *Esos hombres infelices*, dice en cierto parage, *que no saben lo que es subiduría ni virtud, que estan continuamente metidos en festines y tripudios, andan siempre de mal en peor, y al fin errantes toda su vida. La verdad no tiene para ellos hechizo ni atractivos, jamas han alzado los ojos para mirarla; y en una palabra, jamas han gustado un puro y sólido placer. Son como las bestias, que siempre miran hácia abajo, y estan inclinadas á la tierra. No*

piensan mas que en comer y satisfacer sus pasiones brutales, y con el ansia de saciarlas, se cocean mutuamente, y se baten con uñas y cuernos de hierro, y al cabo mueren víctimas de su voracidad insaciable.

Ademas nos ha enseñado este filósofo otro camino, si es que queremos seguirle, para llegar al sublime. ¿Y cual es? La imitacion y emulacion de los poetas y escritores ilustres que nos han precedido; porque este es el fin que debemos tener siempre presente.

Y á la verdad, bien se ve en ellos que otro espíritu los saca fuera de sí, los enagena; bien así como dicen que se apoderaba un santo furor de la sacerdotisa de Apolo, cuando se sentaba sobre el trípode. Porque es fama, que hay allí una abertura en la tierra, de donde sale un soplo, un vapor todo celestial, que la inflama inmediatamente de una virtud divina, y le hace pronunciar los oráculos. Así las grandes bellezas que advertimos en las obras de los antiguos, son como otros tantos manantiales sagrados, de donde se levantan benéficos vapores que se derraman por el alma de los imitadores, y animan hasta los espíritus ménos ardientes; si bien son como arrebatados en este momento por el entusiasmo ageno. Así vemos que Heródoto, y ántes de él Stesichoro y Archiloco, han sido grandes imitadores de Homero. Platon es entre todos el que mas le ha imitado; pues ha cavado, por decirlo así, en este poeta, como en un perenne manantial, del cual ha hecho salir un gran número de arroyuelos. Yo citaria de esto varios ejemplos, si Amonio no hubiese ya referido muchos. Y no se deben mirar estos como hurto, sino como unas bellas ideas que le han ocurrido, y se formó sobre las costumbres, el carácter y la invencion de Homero. En efecto, soy de parecer que jamas habiera ingerido tan grandes cosas en sus tratados

filosóficos, pasando, como lo hace, del simple raciocinio á expresiones y materias poéticas, si no hubiese ido, por decirlo así, como un nuevo Atleta, á disputar con toda su fuerza el premio á Homero, es decir, á aquel que habia ya recibido los aplausos de todo el mundo. Porque si bien lo ejecuta con demasiado ardor, y como suele decirse, con las armas en la mano, no deja esto de servirle de mucho, pues al fin, como dice Hesiodo, *la noble emulacion es útil á los mortales.* Y en efecto, ¿no es harto glorioso y digno de una alma noble, combatir por el honor y premio de la victoria con aquellos que nos han precedido, puesto que en esta especie de combates puede uno quedar vencido sin desdoro?

CAPITULO XII.

Del modo de imitar.

Cuando queramos, pues, trabajar en una obra que requiera grandeza y sublimidad, es bueno hacer esta reflexion: ¿Cómo habria dicho esto Homero? ¿Qué hubieran hecho Platon, Demóstenes, ó el mismo Tucídides, si se trata de historia, para escribir esto en estilo sublime? Porque estos grandes hombres, á quienes nos proponemos imitar, representándose de este modo á nuestra imaginacion, nos sirven como de antorchas, y nos elevan el alma casi á la misma altura de la idea que hemos concebido de su genio, sobre todo si procuramos impresionarnos bien de esto: ¿Qué pensarían Homero ó Demóstenes de lo que yo digo si me oyesen? ¿Qué juicio formarían de mí? En efecto, creeríamos tener que disputar un premio nada mediano, si pudiésemos figurarnos seriamente que íbamos á dar razon de nuestros escritos ante un tribunal tan célebre, y en un

teatro donde tuviésemos semejantes héroes por jueces y testigos. Pero el motivo mas poderoso aun para estimularnos, es pensar en el juicio que formará la posteridad de nuestros escritos. Porque si un hombre, desconfiando de este juicio, teme, por decirlo así, haber dicho cosa que le sobreviva, jamas sabrá producir su ingenio sino embriones ciegos é imperfectos, y nunca se tomará el trabajo de concluir y perfeccionar obras que no hace con el fin de que pasen hasta la mas remota posteridad.

CAPITULO XIII.

De las imágenes.

Estas imágenes, que otros llaman pinturas ó ficciones, son de un artificio muy importante para dar peso, magnificencia y fuerza al discurso. La palabra *imagen* se toma en general por todo pensamiento propio para producir una expresion, y que hace al alma una pintura, de cualquier especie que sea. Mas tambien se toma en un sentido mas particular y circunscripto, por aquellos discursos que se hacen cuando en virtud de un entusiasmo y de un movimiento extraordinario del alma, parece que vemos las cosas de que hablamos, y cuando las presentamos á la vista de los que nos escuchan.

Por lo demas, debes saber que las imágenes tienen en la oratoria distinto uso que en la poesía. En efecto, el fin que se propone el poeta es el asombro y la sorpresa; en vez de que el orador solo intenta pintar las cosas, y hacerlas ver claramente. Sin embargo tienen esto de comun, que en una y otra ocurrencia se intenta mover por medio de ellas:

Madre cruel, aparta de mi vista
Esas doncellas, hijas del infierno,

Esos espectros de feroz semblante,
Cuyos cabellos son largas serpientes....
¡Cuál silvan! ¡ya se acercan! mi suplicio.
Se acerca ya....

Y en otra parte:

¡Dónde huiré? ya viene, yo soy muerto.

El poeta no veia las furias en este pasage, y sin embargo hace de ellas una imagen tan ingeniosa, viva é ingenua, que casi se las hace ver á los oyentes. A la verdad no sabré yo decir si Eurípides es tan feliz en expresar las demas pasiones; mas por lo que toca al amor y el furor, hizo en ello particular estudio, y con el mejor y mas feliz éxito. Aun en otros casos no deja de tener osadía para pintar las cosas; y si bien no es su genio muy inclinado á lo grande, pero sabe corregir su índole, y la obliga á ser trágica y elevada, principalmente en los grandes asuntos; de suerte que se le pueden aplicar aquellos versos de Homero:

Al combate se anima y apercibe;
Azótase los lomos y costados,
Con la cola vibrada á entrambas partes;
Y la ira que excita de este modo,
Le hace romper intrépido por todo.

Como se puede notar en este pasage del Faeton, (otra tragedia perdida de Eurípides) en que habla el Sol de esta suerte á Faeton, poniéndole en las manos las riendas de sus caballos:

Mira que tu ardimiento
Sobre la árida Livia no te lleve;
Pues allí falta el húmedo elemento.

Y en los versos siguientes:

Al instante verás las siete estrellas,
 Por allí has de seguir todo derecho,
 Dijo el padre; y mirando satisfecho
 Faetonte las riendas, asíó de ellas.
 Azota los aligeros caballos;
 Y aunque á la voz del sol un largo trecho
 Obedecen; al fin en poco tiempo,
 Cual disparado rayo, el carro huella
 Los espacios del aire y las estrellas.
 Asustado su padre miétras tanto,
 De los cielos se sube á la eminencia,
 Y el carro ve correr, no sin espanto;
 Con la vista y la voz, miétras que puede;
 Le sigue diligente,
 Dícele á gritos: No te bajes tanto;
 Por allí, por acá, vuelve, detente....

¿No dirás que el alma del poeta sube al carro con Faeton, se arriesga con él y vuela por el aire con los caballos? Porque si no los siguiere por los cielos, si no presenciase lo que allí pasa, ¿podría pintar la cosa como la pinta? Lo mismo digo de este pasage de su Casandra (1) que empieza:

Mas ¡ó fuertes troyanos! &c.

Eschilo tiene tambien á veces osadía y pensamientos perfectamente nobles y heroicos, como puede verse en su tragedia intitulada: *Los siete delante de Tébas*, en la que viniendo un mensagero á traer á Eteocles la noticia de aquellos siete caudillos que desapiadadamente habian jurado, por decirlo así, su propia muerte, se explica así:

(1) *Pieza perdida.*

Siete impíos caudillos y valientes,
 Sobre un escudo negro,
 Pronuncian juramentos espantosos,
 Que asustan á los Dioses;
 Y puestos junto á un toro degollado,
 Y en su sangre tiñéndose las manos,
 Vengarse de vos juran,
 Invocando al Dios Marte y á Belona. &c.

Empero este poeta, por querer elevarse demasiado, cae muchas veces en pensamientos lurdos, groseros é incultos; y tambien Eurípides, por una noble emulacion, se expone á veces á los mismos riesgos. Por ejemplo, en Eschylo, el palacio de Licurgo (1) se alborota y enfurece á la vista de Baco:

A su vista el palacio se alborota,
 Se enfurece, da gritos, &c.

Eurípides emplea este mismo pensamiento de otro modo, y suavizándole algun tanto:

A sus gritos responde la montaña
 Con sus ecos, y así los acompaña
 En su fiesta y placer, &c.

No es ménos excelente Sófoeles en la pintura de las cosas, como puede verse en la descripcion que nos ha dejado de Edipo moribundo, y sepultándose á si mismo en medio de una tempestad prodigiosa; y en aquel pasage en que pinta la aparicion de Achilles sobre su sepulcro en el momento en que los griegos iban á levar anclas. En cuanto á esta aparicion dudo sin embargo que nadie haya hecho de ella una descripcion mas viva que Simónides. Mas seria nunca acabar si hubiese de presentar aquí to-

(1) *Licurgo, pieza perdida.*
 Tom. III.

dos los ejemplos que se podrian traer á este propósito.

Volviendo, pues, á lo que iba diciendo, las *imágenes* en la poesia abundan por lo comun de accidentes fabulosos y absolutamente increíbles; en vez de que en la retórica lo bello de las *imágenes* consiste en representar una cosa segun ha pasado y como es verdaderamente. Porque una invencion poética y fabulosa en una oracion, trae consigo por necesidad digresiones importunas y groseras, y degenera en un extremado absurdo. Sin embargo tras de esto se van nuestros oradores: ellos ven á veces las furias, lo mismo que los poetas trágicos; y estos buenos hombres no reparan que quando Orestes (1) dice en Eurípides:

Diosa, que á los infiernos arrojarme
Pretendes, cesa ya de perseguirme,

en tanto se imagina ver todas estas cosas, en quanto está fuera de su juicio. ¿Cuál es, pues, el efecto de las *imágenes* en la retórica? Entre otros es el de animar é inflamar el discurso; si bien, cuando estan mezcladas con arte en las pruebas, no solo persuaden, sino que avasallan y cautivan al oyente, por decirlo así. *Si un hombre, dice un orador, ha oido un gran ruido delante del consistorio, y al mismo tiempo viene otro diciendo, que las prisiones han sido escaladas, y que los prisioneros de guerra se huyen, no habrá anciano ni jóven tan indiferente que no acuda á dar auxilio con toda su fuerza. Y si en esto les muestra el autor de este desórden, es perdido el infeliz; es necesario que muera al instante, ni aun se le da tiempo para hablar.*

(1) Orestes, tragedia, v. 264.

De este artificio se valió Hipérides en la oracion donde da cuenta del decreto que hizo dar despues de la derrota de Cheronea, para que se pusiese en libertad á los esclavos. *No es, dice, un orador quien hizo pasar esta ley; fué la batalla, la derrota de Cheronea.* Al mismo tiempo que prueba la cosa con razones, forma una *imagen*, y en virtud de esta proposicion que adelanta, hace mas que persuadir y probar. Porque como en todas cosas paramos la atencion en aquello que brilla y suena demasiado, el espíritu del oyente se deja arrastrar con facilidad por esta *imagen* que se le presenta en medio del racionio, y que, imprimiéndose en su imaginacion, le impide examinar de cerca la fuerza de las pruebas. Y no es de extrañar que esto produzca en nosotros semejante efecto; puesto que es muy cierto que de dos cuerpos unidos, el que tiene mas fuerza atrae siempre á sí la virtud y potencia del otro. Mas ya se ha hablado bastante de la *sublimidad* que consiste en los pensamientos, y que proviene, como he dicho, ó de la *grandeza de alma*, ó de la *imitacion*, ó de la *imaginacion*.

CAPITULO XIV.

De las figuras, y en primer lugar del apóstrofe.

Es necesario hablar ahora de las figuras para seguir el órden que nos hemos prescrito; pues, como ya he dicho, no forman la parte ménos considerable del sublime cuando se les da el giro que deben tener. Mas seria obra larga, por no decir interminable, si quisiésemos hacer aquí una exacta investigacion de todas las figuras que pueden intervenir en el discurso. Así que nos consentaremos con re-